

El mar: un camino hacia la paz

Andrés Palma Valenzuela

1. *Punto de partida*

Cómo se advierte en la introducción de la obra editada por Ediciones Aracne bajo la coordinación de la profesora Silvia Guetta, bajo el título *La voce della pace viene dal mare*, ven la luz sus páginas con el fin de ser utilizadas no sólo como un simple instrumento operativo, sino como una gran oportunidad para reflexionar sobre una de las grandes cuestiones que inquietan al ser humano: La Paz (Guetta, 2012: 15).

Nace este libro con el deseo de contribuir a la fascinante labor de educar y la firme voluntad de afianzar la gran tarea de edificar hombres y mujeres íntegros capaces de encarnar el utópico horizonte que, de forma tan certera, quedó cincelado en este verso del Salmo 85 formulado hace más de dos mil años: “El amor y la fidelidad se encuentran. La justicia y la paz se besan”.

Mucho se ha dicho sobre la Paz desde la certeza de que supone una honda necesidad para todos los seres humanos. De igual modo, hemos tenido ocasión de experimentar muchas veces cómo la paz crece al hacer juntos el camino, al trabajar codo con codo o cada vez que se nos ofrece la oportunidad de compartir la vida en sus múltiples dimensiones. Asimismo somos conscientes de hasta qué punto la Paz adquiere perfiles concretos siempre que somos capaces de comprender el valor y la belleza de cada momento de nuestra existencia o practicamos el respeto a nosotros mismos y a los demás. El ser humano lleva siglos soñando con la Paz.

Pone a nuestro alcance este libro muchas experiencias vividas en contextos y realidades humanas ricas en historia, cultura y participación social. Cada una de ellas nos muestra qué significa trabajar por la paz y cómo ello requiere hacer referencia a algunas contribuciones teóricas y metodologías que permiten mantener la coherencia entre el contenido del mensaje educativo, sus objetivos, los aspectos del aprendizaje implicados, las transformaciones a las que la educación debe conducir y los esfuerzos necesarios para lograr cada vez mejores condiciones que garanticen la participación en el bienestar y la creatividad de las personas.

La doctora Silvia Guetta ha realizado en la primera parte del texto un magnífico esfuerzo por ofrecer al lector una completa reflexión sobre los principales aspectos teóricos y metodológicos de la Educación para la Paz seguido de un interesante análisis del proyecto “Velas para la Paz” llevado a cabo con jóvenes y educadores israelíes, palestinos e italianos, con el respaldo de la Universidad de Florencia y la Cátedra transdisciplinar UNESCO “Desarrollo humano y cultura de Paz”. La segunda parte nos ofrece una interesante perspectiva internacional de experiencias relacionadas con el desarrollo humano, intercultural y derechos humanos que, basada en la red de comunicaciones del numeroso grupo de autores que han compartido el completo programa del curso de formación del Máster que, lamentablemente, no tenemos tiempo de analizar en un acto de esta naturaleza.

Pero más allá del análisis del contexto epistemológico y los aspectos metodológicos de la Educación y la Cultura de la Paz, el conocimiento de las teorías e investigaciones sobre la misma, el enunciado de algunas perspectivas de intervención y la sugerente exposición de los principales elementos de la experiencia desarrollada en el mar como marco ideal y ambiente propicio para la paz, algunas de las grandes cuestiones que a nuestro juicio surgen tras el análisis de este trabajo serían estas: ¿Qué es la Paz? ¿En qué sentido se afirma que educar para la Paz supone una exigencia irrenunciable? Doble interrogante al que valdría la pena buscar una respuesta convincente desde una mirada amplia a nuestro contexto cultural.

Algunos antecedentes

A la búsqueda de respuesta de tales interrogantes, bueno será recordar hasta qué punto el tema de la Paz se convirtió tras la II Guerra Mundial, y de forma particular durante las últimas décadas del siglo XX, en una cuestión que no ha dejado de suscitar hondas inquietudes que preocuparon y ocuparon a bastantes investigadores del campo de la sociología, la antropología, la psicología, la educación, la política o el hecho religioso, así como a no pocos profesionales de algunos de estos ámbitos incardinados en muy diferentes filiaciones políticas, ideológicas o religiosas desde la convicción de que la Paz no consiste sólo en la ausencia de problemas, sino en la habilidad necesaria para hacerles frente.

Pero antes de exponer los principales elementos de nuestra reflexión sobre el desarrollo teórico de lo que hoy suele denominarse Cultura de la Paz y su concreción en el ámbito educativo, ofreceremos unas breves pinceladas sobre el contexto histórico en que surge esta reflexión sobre la Paz a mediados del siglo XX pues, concluida la Segunda Guerra Mundial, se difundió la ilusión de que, vencido el enemigo, los pueblos podrían empezar a vivir dignamente, libres y en paz. No obstante, aquel sueño nunca llegó a convertirse en realidad pues pronto el mundo quedó dividido en dos sistemas político-sociales antagónicas.

El bloque oriental, agrupado en torno a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, se inspiraba en el colectivismo marxista y prácticamente le era ajena toda noción de respeto a los derechos humanos. A pesar de todo, y como un aggiornamento del mismo, pronto apareció el “eurocomunismo” como tendencia adoptada por algunas organizaciones comunistas de Europa occidental durante los años setenta caracterizada por su rechazo al modelo desarrollado en la Unión Soviética y una mayor proximidad hacia la clase media social surgida del capitalismo y la aceptación del modelo democrático pluripartidista¹. Frente a la versión clásica del mundo soviético, cuyo objetivo era alcanzar el poder político mediante el poder militar, esta nueva visión proponía lograr similar meta en el resto de países de Europa o EE.UU., caracterizados por una sólida estabilidad económica y política, actuando sobre los medios de comunicación, la cultura, la educación y los diversos ámbitos de trabajo como lugares concretos que debían ser controlados de forma paulatina y sistemática.

Por su parte, el bloque occidental, dirigido por EE.UU., estableció dos formas de relación político-social entre sus integrantes: una, de igual a igual, con los países europeos y occidentales dotados de riqueza y, otra, de dominio y explotación, con África, Asia y Latinoamérica. De igual modo, el imperialismo norteamericano desarrolló sus propios proyectos para evitar que el comunismo se instalase en el resto del continente. Para ello intervino en bastantes países propiciando el establecimiento de gobiernos afines, en no pocas ocasiones mediante golpes de Estado, con el fin de asegurar políticas y acciones al servicio de EE.UU. Asimismo, se valió de sus propios medios de comunicación para convencer al mundo de las bondades de la ideología liberal capitalista como solución política ideal encarnada en los EE.UU. como modelo a seguir por todos.

La Unión Soviética también utilizó similares métodos para asegurarse un dominio directo en lugares como Hungría, Checoslovaquia, Yugoslavia, Rumania, Polonia o indirecto como, por ejemplo, en China, Corea del Norte, Vietnam o Cuba, donde el ser humano era sometido, sin escrúpulos ni respeto alguno a la libertad y a los derechos de los pueblos, al imperialismo totalitario soviético.

¹ El eurocomunismo fue desarrollado por los dos principales partidos occidentales de la época: el Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Comunista Francés (PCF). Otros partidos más pequeños y marginales (como el Partido Comunista de Gran Bretaña) quedaron más dependientes de patrocinio de Moscú. El Partido Comunista de España (PCE) y el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) fueron legalizados después de la dictadura de Franco con una línea esencialmente eurocomunista, lo que les costó las respectivas escisiones del PCPE y el PCC. Los partidos comunistas de Portugal, Austria o Grecia también mostraban distintas tendencias eurocomunistas, pero fueron siempre minoritarias. El eurocomunismo se oficializó en marzo de 1977, cuando los secretarios generales Enrico Berlinguer del PCI, Santiago Carrillo del PCE y Georges Marchais del PCF se reunieron en Madrid y presentaron las líneas fundamentales de la “nueva forma”.

A consecuencia de ello, los años 50 y 60 del siglo XX se convirtieron en escenario de una gran fractura entre la sociedad capitalista y el mundo comunista, circunstancia que provocó, entre otras cosas, que las personas se situaran frente a su adversario de forma irremediable. Ambos bloques crearon sus propios centros de poder militar (Pacto de Varsovia y Organización del Tratado Atlántico Norte, OTAN) como protagonistas de la “Guerra Fría”. Aunque no hubo un enfrentamiento armado total, si tuvieron lugar muchos conflictos aislados (China, Corea, Vietnam o Cuba etc.) con el fin servir a los poderosos siendo los pueblos los únicos perjudicados. Su existencia provocó, además, una carrera armamentística desenfrenada alimentada por la mutua desconfianza y un permanente desafío que destinó ingentes inversiones en armas detraídas de los planes de desarrollo necesarios para dar solución a las enfermedades, el hambre, el analfabetismo y la miseria.

Cada bloque tuvo países socios directos y otros que asumieron un menor nivel de compromiso, los “países alineados”. A los no integrados en ningún bloque se les denominó “países no alineados” y en su descripción se hizo célebre la teoría del sociólogo Alfred Sauvy que los clasificó así: Primer mundo (Democracias capitalistas industriales), Segundo mundo (Bloque Soviético) y Tercer mundo (Latinoamérica y parte de África y Asia).

Como ilustración de ello recordaremos dos aportaciones reveladoras del interés universal suscitado por la cuestión de la Paz al poco tiempo de concluir la II Guerra Mundial cuyo influjo aún se mantiene vivo en nuestros días. Fueron dos novedosas iniciativas lideradas durante la década de los años sesenta del siglo XX, de forma simultánea y desde ámbitos muy diversos, por el sociólogo noruego Johan Galtung y el Papa Juan XXIII.

Tras algunas aportaciones previas, Johan Galtung inició un interesante camino en Oslo en 1959 al fundar allí el primer Instituto de investigación sobre la Paz del que se tiene noticia en la edad contemporánea (*International Peace Research Institute*); propuesta que se vio completada cuatro años más tarde, en 1964, con la puesta en marcha, también impulsada por el mismo, de la Revista de Investigación sobre la Paz (*Journal of Peace Research*). Asimismo, y de forma simultánea, ejerció como profesor de Investigación sobre Conflictos y Paz en la referida Universidad de Oslo entre los años 1969 y 1977.

Por su parte, Angelo Roncalli, eclesiástico curtido en el mundo diplomático desde 1925 en lugares como Bulgaria, Turquía, Grecia o Francia –elegido Sumo Pontífice en 1958 con el nombre de Juan XXIII–, asombró a propios y a extraños al publicar en abril de 1963 la encíclica *Pacem in terris*; sólido documento que, desde la novedad de dirigirse no sólo a los católicos sino a “todos los hombres de buena voluntad”, ofreció a toda la humanidad una profunda reflexión para ayudar a descubrir las condiciones necesarias capaces de garantizar la existencia de una verdadera paz en el mundo y el valor de la común pertenencia a la familia humana con el fin de arrojar luz sobre la aspiración de todos los pueblos de la tierra a vivir un futuro de seguridad, justicia y esperanza.

Una perspectiva olvidada

Aunque con posterioridad a los antecedentes enumerados, y según indica la Doctora Silvia Guetta en su trabajo (2012: 25), el tema de la Educación para la Paz y la Cultura de la Paz ha continuado recibiendo grandes impulsos desde instancias internacionales como la ONU, y en concreto desde la UNESCO, centraré mi reflexión en un aspecto mencionado por la autora, frecuentemente olvidado por otros autores, que considero de gran importancia: la percepción de cómo la Paz social y la Paz cultural ofrecen una profunda relación con la interioridad de la persona. Fenómeno del que se han hecho eco de forma reiterada las diferentes tradiciones religiosas y sobre el que, además, ha ido surgiendo una amplia reflexión teórica de la que, como un prolongado eco, podríamos recordar esta antología de afirmaciones extraídas de algunos de sus grandes textos de referencia como es el caso del Antiguo y el Nuevo Testamento cristianos, las Escrituras hebreas e, incluso, el Corán, libro sagrado para el mundo musulmán:

“De la abundancia del corazón habla la boca” (Lc. 6,45 o Mt. 12,34).

“El corazón del sabio enseña a su boca y añade persuasión a sus labios (Prov. 16, 23).

1. *El necio habla necedades, y su corazón se inclina hacia el mal, para practicar la impiedad*” (Is. 32, 6).
2. “Y si los incrédulos se inclinan por la paz, acéptala tú también y encomiéndate a Dios; ciertamente Él es Omnipotente, Omnisciente” (Corán 8:61).
3. “Aquellos que creen, sus corazones se sosiegan con el recuerdo de Dios. ¿Acaso no es con el recuerdo de Dios que se sosiegan los corazones?” (Corán 13:28).

No nos cabe ningún tipo de duda de que tal planteamiento relativo a la interioridad humana, sorprendentemente omitido en muchas de las reflexiones contemporáneas sobre el tema, a pesar de que siempre estuvo presente en las reflexiones de Johan Galtung (1990, 1995, 1998, 2003 y 2007) cuando afirmaba que crear la paz era reducir las condiciones de violencia y evitar toda forma de expresión de la misma en las relaciones con los demás y con uno mismo, resulta esencial e irrenunciable.

En tal sentido subrayamos con la profesora Silvia Guetta que cada acción pensada, imaginada, diseñada y construida en ámbito educativo destinado a la Educación para la Paz debe iniciarse en nosotros mismos. Que toda experiencia de encuentro con la Paz no es en realidad mas que una transformación que, antes de ser exterior debe darse en el interior de quien la propone.

A pesar de ello, no resulta fácil articular fórmulas específicas, tiempos apropiados y resultados claros pues cada persona es un mundo y vive procesos personales de maduración sujetos a muchas variables. Por ello parece evidente que en la labor educadora lo que cada docente-educador comparte con los demás, y puede ofrecer a los otros, es lo que el mismo posee. De ahí la importancia de asegurar unos niveles mínimos de ma-

duración en este campo para todos aquellos que pretendan llegar a ser profesionales en este ámbito.

Al fin y al cabo, la forma de comportarnos y todo aquello que toleramos y aceptamos será siempre la evidencia que mostrará si en realidad estamos en el camino adecuado para vivir en la dimensión de la paz; y, siempre, sin olvidar un principio tan fundamental para el proceso educativo como es el siguiente: la responsabilidad individual no se diluye en lo colectivo, sino que es parte directa y activa.

Por todo lo anterior, consideramos que recorrer el camino de la paz requiere, además de coraje y fuerza, riesgo y determinación, una lucha personal. De igual modo entendemos que, junto al compromiso y responsabilidad personal, educar para la paz es también buscar la forma de satisfacer el deseo humano de paz.

La Educación para la Paz se propone también, respecto a los objetivos tradicionales de la educación, invertir el todo por el todo en la preparación de un mundo mejor, sostenible y participado por todos y todas. En tal sentido sería bueno recordar hasta qué punto la Educación para la Paz puede ser definida como una de las posibles vías de respuesta a la radical ansia de paz y sentido que, en lo más profundo de su interioridad, experimenta todo ser humano aunque con, bastante frecuencia, ignore la naturaleza del bien que anhela y los caminos que hasta el puedan conducirle.

Con tal fin, y desde las sugerentes aportaciones que la milenaria tradición judeo-cristiana ha atesorado en sus textos sagrados, me gustaría concluir esta reflexión recordando que, educar para la Paz ofrece una estrecha relación con el descubrimiento de la Paz como camino hacia el bienestar, la felicidad, la salud integral y la justicia mediante el desarrollo de un proceso de superación, descubrimiento, lucha, crecimiento y maduración al que todo hombre y mujer está llamado como condición de posibilidad para alcanzar su madurez personal; un camino que a nuestro juicio no alcanzará su meta sólo como fruto de unas estrategias bien diseñadas y la lógica consecuencia de la culminación de los esfuerzos del nuevo superhombre que, cual nuevo Prometeo logra por fin arrebatarse el fuego a la divinidad.

Muy al contrario, entendemos que este camino consiste más bien en la adquisición de la capacidad de recibir, desde el asombro, la gratuidad y la sorpresa, los rayos y la claridad del “Sol que nace de lo alto para iluminar a los que viven en tinieblas y sombras de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la Paz...” (Lc. 1, 78-79)

Referencias bibliográficas

- S. Guetta (a cura de), *La voce della pace viene dal mare. Esperienze di cooperazione e ricerca internazionali per a convivenza tra le cultura, i dirritti e lo sviluppo umano*, Roma, Aracne, 2002.
- J. Galtung, *Bibliografía 1951-1990*. Oslo: International Peace Research Institute, 1990.

- J. Galtung, *Investigaciones teóricas: sociedad y cultura contemporáneas*. Madrid: Tecnos, 1995
- J. Galtung, *Tras la violencia, 3R: reconstrucción, reconciliación, resolución*. Bilbao: Bakeaz, 1998
- J. Galtung, *Paz por medios pacíficos: paz y conflicto, desarrollo y civilización*. Bilbao: Bakeaz, 2003
- J. Galtung et al., *Scegliere la pace*. Milano: Esperia, 2007

